



LA CANTINA

De Herminia Bécares Álvarez

Con los ojos entornados subía lentamente por la loma escarpa y, aunque de vez en cuando mis párpados cansados me hacían tropezar y rodar cuesta abajo y, aun sabiendo que me podía lastimar, ese tirabuzón blanco y negro que formaban enagua y falda me provocaba una soñadora sonrisa. Y cuando por fin los abría, ellos, amables, me regalaban una estampa de flores de brezo y piorno.

Y Rafael llegaba como siempre, gritando mi nombre, dando qué decir a los vecinos. Y es que el polvo del carbón le encendía la sangre y su boca mutaba en lanzallamas arrojando palabras lujuriosas y hasta soeces. —¡Asómate palomita que ya está aquí el dueño de tu catre!. ¡Asómate, que aún me quedan fuerzas para hacerte un hijo!. Y yo salía apresurada para acallarle, para que no lo oyeran, tapando su boca con la mía, mamando carbón de sus negros labios hasta devolverles el rojo amapola.

El decía el dueño de tu catre. Lo primero que se le ocurría sin venir a cuento, porque nunca me sentí pertenecerle. En la cama nos entregábamos por igual, los dos éramos amos y sirvientes. Y a pesar de ponerse en evidencia, de que dijera esas tonterías, yo se lo perdonaba, porque sabía que lo impulsaban las ganas de tenerme y, a decir verdad, ese deseo que yo despertaba en él me volvía loca; aún la pasión nos dominaba.

Pero un día llegó cabizbajo, falto de zalamerías ni requiebros. Se cierra la mina, la mina se cierra Margarita—me dijo. Y en sus ojos asomaba el fin del mundo. Se arrodilló ante mí, apoyó su cabeza sobre mi tripa abultada y con las manos la sujetó, como si se tratara de una hogaza aún sin hornear, evitando se malograse.

Años más tarde me confesaría el sueño repetitivo que durante aquellas lejanas noches lo llenaba de zozobra hasta la extenuación. Él, acurrucado en el pozo, tapándose los oídos por si los picos y barrenas seguían martillando y lo ensordecían de nuevo, o porque no podía soportar sus propios reproches tildándolo de cobarde. Y nosotros, en la boca de la mina pidiendo limosna; nuestros dos hijos harapientos con las caritas tiznadas, llenas de mocos y lágrimas. Yo con la tripa a punto de estallar, apresándola fuerte, para impedir que mi tercer hijo viniese al mundo en tremendo despropósito.

¡Qué poco me conocía Rafael!. Por aquellos días yo ya tenía el hurmiento para seguir amasando nuestra vida. Mi padre me había comentado que quería dejar la cantina, relegar del trabajo a mi madre que desde recién casada llevaba aguantando y, a él, también comenzaban los años a arrugarle las energías. Le propuse comprarle el negocio, le hablé del dinero que podíamos pagarle, de que pidiese una renta justa para que ninguno saliese perjudicado, a ellos todavía les quedaba mucha vida por delante y, tras del exhausto trabajo soportado, tenían derecho a una vejez digna.

Cómo se le abrió el cielo al dueño de mi catre. Tal vez él también hubiese pensado en esa salida, pero por cobardía, o quizá respeto, no se atrevió a proponérselo a sus suegros.

Era trabajador y simpático, mas como a muchos hombres, había que levantarle el sombrero para saber qué ronda por sus ilustres cerebros.

Y comenzamos en la cantina. Yo, cocinando, siguiendo la sabia estela de mi madre. Nunca podría igualarla, ella con dos gotas de agua que le dieras, te devolvía un río; yo, con cuatro, nunca conseguiría más que un arroyo. Con todo, me vinieron de perlas los prácticos consejos que desde muy niña, me propicio, a veces con regañinas y alguna que otra torta, para que aprendiese hacer todo como es debido—según decía. Rafael sabía tratar al cliente, tenía don de gentes como dicen ahora, y no perdía prenda en alabar mis platos. Los elogiaba de tal forma, que me hacía a veces dudar de no estar a la altura de sus palabras y, otras, me causaba una vergüenza asombrosa. Prosperamos, y cada día teníamos más clientes satisfechos que por el boca a boca, atraían a otros nuevos.

Solventamos la vida lo mejor que pudimos. Mis hijos nunca pasaron hambre y pudimos darles estudios. Rafael, el mayor y el más inteligente, ha llegado a ser catedrático en la Universidad de Salamanca. Qué poco lo vi en esos años; ahora, que ya no ejerce, he podido disfrutar algo más de su compañía. David es maquinista y está a punto de jubilarse. Él me ha tenido con el alma en vilo, por eso de andar siempre en movimiento, gracias a Dios que está a punto de librarse del traqueteo. Y mi Margaritina, se casó con un labrador del pueblo. Al menos a ella la he tenido cerca para contarle mis alegrías y sinsabores, para escuchar las suyas. Y, aunque me dio el mayor disgusto de mi vida cuando se negó a continuar con nuestro negocio y hubo que echar el cierre, llevo en mi alma el haber podido disfrutar de sus hijos cuando eran pequeños y, por qué negarlo, inculcarles un poquito de mi ser, de mi sentir.

Hoy, desde esta posición privilegiada donde me ha colocado Alicia, una de mis nietas, rodeada de algarabía y gentes llegadas de cualquier lugar a la inauguración, añoro a mi compañero de catre y quiero describirle lo que ha conseguido esta muchacha, savia nueva con la que florece de nuevo la vieja cantina: sus puertas de par en par, con un aire fresco y renovado, pero sin perder la esencia. Soy feliz. Y trepo con los ojos, ya que mis piernas no pueden, por la loma escarpada mientras mi pelo huele a brezo, a tomillo y a romero.

Que Dios la acompañe en esta aventura.